

LA ARQUITECTURA EN LA PROSA DE BECQUER

Presentación y antología
por Luis Felipe Vivanco

ENTRE 1854, fecha en que Bécquer llega a Madrid con 18 años y 1870, fecha de su muerte, también en Madrid, no han pasado más que 16. Casi todos ellos van a ser años del reinado de Isabel II, ya que Bécquer, nacido durante la minoría de edad de la futura Reina, muere ocho días antes del asesinato de Prim y la entrada en Madrid del Rey Amadeo.

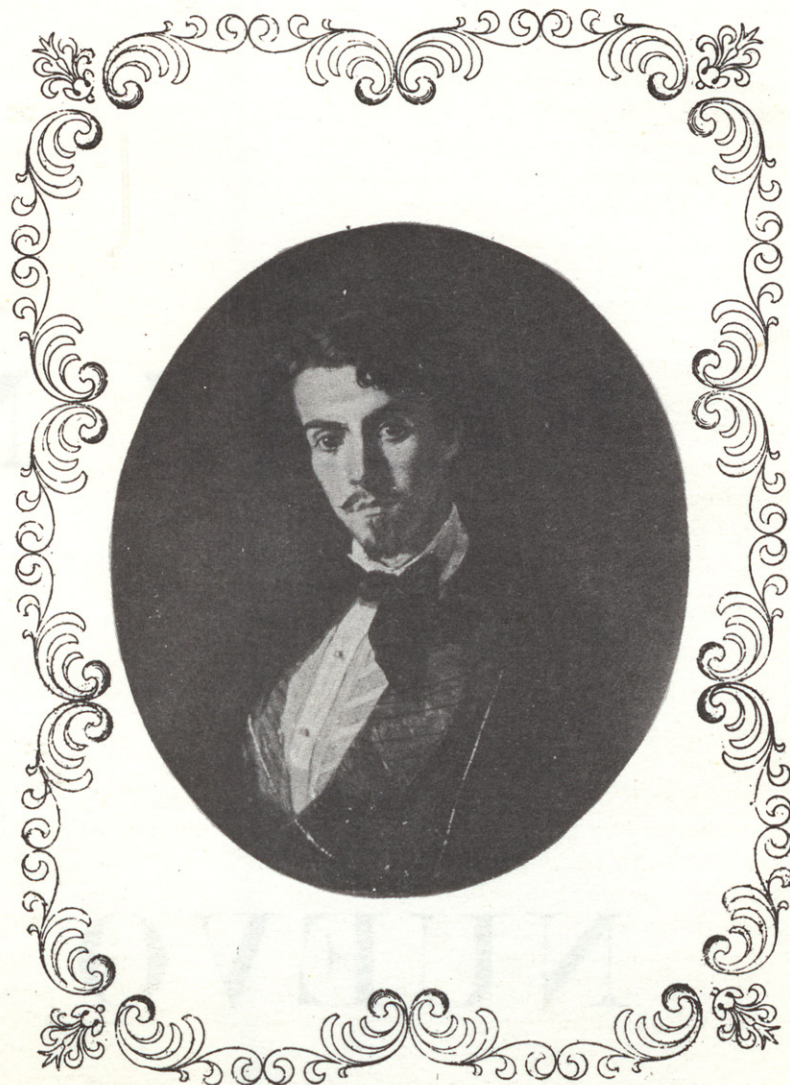
Estos 16 años de la vida de Bécquer podemos dividirlos en dos etapas: su vida de soltero hasta el mes de mayo de 1861 y su vida de casado a partir de esa fecha. La primera, su vida de soltero, no parece haber sido ni demasiado feliz, ni, a pesar de su amor no correspondido hacia Elisa Guillén, demasiado desgraciada. La segunda, en cambio, empieza siendo muy feliz, para terminar siendo muy desgraciada, cuando en 1868, a la vuelta de un corto viaje al sur de Francia, en el que acompaña al destierro a su amigo González Bravo, tiene que separarse de su mujer por causas bien justificadas. Sin embargo, pocos meses antes de morir se reconcilia con ella, perdonando y tal vez olvidando. (1)

Cuando Bécquer llega a Madrid trae, según confesión propia, un gran bagaje de ensueños y muchos proyectos literarios, pero también trae algunos estudios de humanidades, realizados primero en el Colegio sevillano de San Telmo y más adelante, una vez fuera de él, por cuenta propia. Uno de sus principales biógrafos en este siglo y, desde luego, creo yo, el de cabeza más clara, el uruguayo José Pedro Díaz, nos dice que Bécquer, además de aprendiz de pintor en la Escuela de Santa Isabel de Hungría, fundada por Murillo, y en el taller de su tío don Joaquín Domínguez Bécquer, integró dicho aprendizaje "en un conjunto orgánico de intereses: poesía, lecturas clásicas (su pasión por Horacio le llevó a estudiar latín), estudio de la historia y de obras de arte". (2)

Estos últimos estudios iniciados en Sevilla le van a permitir, una vez en Madrid, dedicarse casi exclusivamente a ellos, es decir, cultivar su afición a la arqueología y, precisando aún más, a la historia de la arquitectura. Sólo así se comprende que a los tres años de su llegada a la capital, aparezca la primera entrega de su *Historia de los templos de España*, dirigida por él —que tenía entonces 21 años— y por su amigo Juan de la Puerta Vizcaíno.

Yo, con erudición, cuánto sabría, nos dice satíricamente Espronceda en su "Diablo Mundo". En general, a los poetas románticos españoles les ha faltado algo más que erudición, les ha faltado universidad y formación científico-humanista, a un mismo tiempo disciplinada y abierta a las exigencias de Europa. Entre otros, a Bécquer, que ya no es un romántico, sino un posromántico y, la suple, de acuerdo con las nuevas tendencias

de su época, con los estudios que emprende casi desde niño por su cuenta. Bécquer no ha sido un universitario; no ha pasado de simple periodista sin título oficial, ya que en su época no lo había. Bécquer va a ser, sobre todo a partir de 1857, asiduo colaborador literario de varias revistas, va a publicar también en revista unas pocas rimas que suenan distinto que la poesía que hacían sus contemporáneos y, va a ejercer, incluso, de un modo regular, el oficio de gacetillero o redactor anónimo. En este sentido, es uno de los nombres más valiosos del periodismo español del XIX. Pero antes de ganarse la vida profesionalmente co-



Valeriano D. Bécquer: Retrato de Gustavo Adolfo (1854)

mo periodista, ensaya, durante los primeros años de su estancia en Madrid, otros dos caminos: el del teatro —en colaboración con su paisano Luis García Luna y, bajo el seudónimo de Adolfo García— y el de la publicación de la “Historia de los templos de España”, nuevo estudio sobre nuestra arquitectura religiosa, realizado ya, o al menos intentado, con un criterio francamente historicista en el que se valoran y equiparan todos los estilos del pasado. (3).

Los orígenes de estos estudios en España debemos buscarlos, como tantas otras empresas con rigor intelectual a nivel europeo, en las últimas décadas del XVIII. El Viaje de España, de don Antonio Ponz, publicado de 1772 a 1794, está escrito con visión y curiosidad de ilustrado, pero con indudables atisbos de sensibilidad prerromántica. Campmany y Jovellanos van a ir todavía más lejos en su sensibilidad para los estilos históricos, liberada de las trabas que seguía imponiendo a finales de siglo el ideal neoclásico. Pero la obra más importante de esta primera época, junto al Viaje de Ponz, es la de don Eugenio de Llaguno: Noticias de los arquitectos y arquitectura de España, no publicada hasta 1829 por su discípulo Cean Bermúdez, con un Discurso preliminar de éste. Muy conocida y citada es la frase de Menéndez Pelayo sobre el libro de Ponz: “El Viaje de Ponz no es un libro: es una fecha en la historia de nuestra cultura”. Menos conocida es la de don Vicente Lampérez sobre el Discurso de Cean, al que llama: “Primera historia de la arquitectura española, hecha con el carácter de tal”.

Entre el ideal neoclásico ilustrado y el rigor monográfico positivista de la segunda mitad del XIX, que culmina, ya en pleno siglo XX, en los nombres de Gómez Moreno y Torres Balbás, ha habido un momento de exaltación romántica al que pertenece todavía, creo yo, la empresa de Bécquer. Es un momento que se caracteriza por la calidad y la abundancia de ilustración gráfica que acompaña a los textos. El grabado español alcanza un nivel excepcional, por obra de unos cuantos dibujantes de primera fila y en este sentido podemos decir que es la expresión artística más conseguida por las artes plásticas de nuestro romanticismo. En 1850 aparece el Museo español de antigüedades, dirigido por Amador de los Ríos, y hacia la misma fecha empiezan a grabarse las láminas de los Monumentos arquitectónicos de España, dibujados en planta y alzado, así como en conjunto y detalle, a diferentes escalas, por destacados arquitectos y arqueólogos. Un poco anteriores son el Ensayo histórico de Caveda (1849) y el Curso de arquitectura española de don Manuel de Assas desarrollado en 1846 en el recién fundado Ateneo madrileño (1835).

Hablando del libro de Becquer —el primero y el único publicado por éste durante su corta vida; el resto, podemos decir, fue periodismo suelto— nos dice José Pedro Díaz en el primero de sus libros ya citados: “...Venía de Sevilla con un nuevo y grandioso proyecto que llegó a ocupar casi por entero los primeros años de su residencia en la Corte. Proyectaba realizar una Historia de los templos de España que había concebido como una obra colectiva y de carácter monumental, en la que se estudiarían las diferentes épocas y los diversos estilos de la arquitectura religiosa en España. En ella cada monumento tendría su lugar: se estudiarían su historia y sus características técnicas, su concepción y su estilo y aún se le evocaría plásticamente mediante la colaboración de dibujantes y grabadores. El conjunto constituiría una progresiva revelación del espíritu nacional español. Las lecturas de Chateaubriand y de algunos otros románticos que le eran familiares debieron ser la simiente de ese proyecto a cuya gestación también debió contribuir el



CASADO DEL ALISAL: Retrato de Juan Guas

conocimiento de la obra de los catalanes Pablo Piferrer y José María Quadrado que habían empezado a publicar en 1839 los hermosos volúmenes: Recuerdos y bellezas de España”.

A la obra en doce tomos de Piferrer y Quadrado, con ilustraciones de Parcerisa y en la que también colaboró Don Pedro de Madrazo, debemos añadir La España artística y monumental, que editan en París, de 1842 a 46, el dibujante y pintor Pérez Villamil y el escritor y poeta Patricio de la Escosura. Pero la empresa más importante y duradera en este terreno, que no sabemos si llegó a conocimiento del Bécquer veinteañero, es el famoso Dictionnaire raisonné de l'architecture française, de Viollet-le Duc, publicado en París en diez tomos a lo largo de diez años (1854-63).

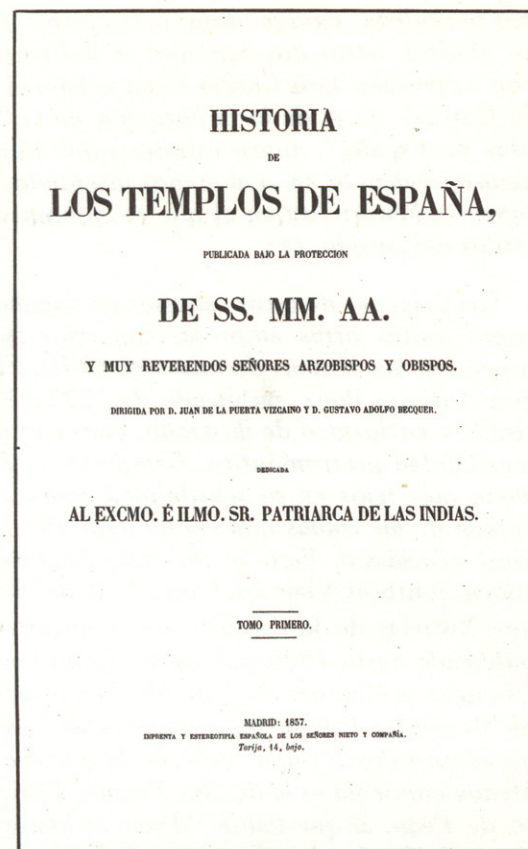
La Historia de los templos de España es, por lo pronto, contemporánea de todas estas publicaciones y, aunque proyectada también en muchos tomos, sólo apareció el primero dedicado a Toledo. La obra, según consta en su portada, se publica bajo la protección de Sus Majestades “y muy reverendos señores arzobispos y obispos” y, por si fuera poco, está dedicada al Patriarca de las Indias. Más adelante, la lista con los 49 nombres de arzobispos, obispos y gobernadores eclesiásticos que la patrocinaron —verdadera nómina de las diócesis españolas de la época— ocupa una página entera. Por eso, en su Introducción puede asegurarnos Bécquer que la “colosal empresa” cuenta con “el apoyo del Trono, de la Iglesia y de la opinión pública”, aunque a pesar de tantos apoyos, no pudiera salir adelante.

Además de la dedicatoria al Patriarca, Don Tomás Iglesias Barcones, hay otra a Isabel II, de cuyo texto se deduce que los dos directores estuvieron en Palacio y fueron recibidos y alentados por la misma Reina. En la página tres viene la extensa lista de los redactores literarios-desgraciadamente, falta la de los redactores gráficos-divididos en dos categorías: arqueólogos e historiadores. En la primera sólo figuran doce nombres, entre ellos los de Amador de los Ríos, Assas, Madrazo, Mesonero Romanos y don Cayetano Rosell. La nómina de los segundos es la de una gran parte de la literatura en activo de la época, ya que se incluyen en ella los nombres de Pedro Antonio de Alarcón, Antonio Arnao, Eusebio Asquerino, Ramón de Campoamor, el duque de Rivas, Fernández y González, Harzenbusch, Modesto Lafuente, Manuel Murguía, Navarro Villoslada, Núñez de Arce, Nombela, Manuel del Palacio, Rodríguez Correa, Ruiz Aguilera, Antonio Trueba, Ventura de la Vega y otros muchos, hasta llegar a 54. En realidad, sólo colaboran en el primer tomo don Manuel de Assas con 170 páginas dedicadas a la Catedral Primada, y el propio Bécquer con otras 120 dedicadas al resto de los edificios religiosos de la ciudad.

Como ya he indicado, falta la lista de los ilustradores y sólo conocemos los nombres de los que colaboran en el primer tomo, cinco nada más. Del pintor Casado del Alisal, que firma Casado, se publican tres retratos a lápiz: el del Arzobispo de Toledo, Fray Cirilo, Cardenal de la Alameda y Breas; el del Patriarca de las Indias y el del arquitecto de San Juan de los Reyes, Juan Guas, que, según una advertencia final de Bécquer, debe sustituir a otro que se ha incluido equivocadamente y es copia de una estatua orante de un caballero de la época de Felipe II. Los grabados de la obra son 33, 16 en la primera parte y 17 en la segunda, escrita por Bécquer. Ildefonso Núñez de Castro es el autor de casi todos ellos, con excepción de los ya citados de Casado, tres que firma Pizarro y otros dos que firman C. Legrand y Amills. Hay todavía otro firmado nada más con las iniciales G.B., que representa un alzado del sepulcro del Cardenal Tavera y, uno sin firma, pero que por su estilo debe ser también de Núñez de Castro. Todas las láminas han sido grabadas o litografiadas en el taller de J. Donon, menos la de Legrand —un medallón con los perfiles de los Reyes Doña Isabel y Don Francisco— que lo ha sido en el de J.J. Martínez.

Fernando Iglesias Figueroa recogió y publicó en 1933, en un volumen en cuarto de cerca de 200 páginas, menos de la mitad del texto de Bécquer. (4). Recogió los capítulos dedicados a San Juan de los Reyes, Basílica de Santa Leocadia, el Cristo de la Luz, y las dos antiguas sinagogas: Santa María la Blanca y Nuestra Señora del Tránsito. Dejó sin publicar los dedicados a Parroquias muzárabes, Parroquias latinas (que hoy existen como matrices), Parroquias latinas (suprimidas en la actualidad) Monasterios y conventos de varones, Monasterios y conventos de religiosas, Beaterios, y Santuarios y Capillas. En estos capítulos se ocupa Bécquer con mayor o menor extensión de más de 100 edificios religiosos situados dentro de la ciudad o en sus alrededores. Del capítulo sobre San Juan de los Reyes no publicó Iglesias más que la primera y la última parte, suprimiendo las dos centrales, mucho más extensas, que contienen una reseña histórica y una detallada descripción artística del templo. También suprimió, en este y los otros capítulos publicados por él,

Portada del
libro
HISTORIA
DE LOS TEMPLOS
DE ESPAÑA



los epígrafes que figuran al frente de cada una de las partes en el texto original. La edición en cuarto del texto completo de Bécquer daría un volumen de 500 páginas, de las cuales Iglesias Figueroa no ha publicado en 1933 más que 190.

Sin embargo, su edición, aunque incompleta, recoge lo más interesante de estas páginas desde el punto de vista literario. Hay que tener en cuenta que, en ellas, la prosa becqueriana al servicio de un interés científico o arqueológico, y por lo tanto didáctico, sólo en muy contadas ocasiones consigue escapar-se más allá de su limitación instrumental, en alas de su imaginación poética. Pero en estas escapadas empieza a ser el precedente inmediato de la de las leyendas y las cartas literarias, escritas en su mayor parte entre 1858 y 1864, ambos años incluidos, Bécquer, en su prosa, alcanza una cima de calidad artística, libertad imaginativa y emoción humana, tal alta como la de sus pequeñas rimas en verso.

En un primer intento de clasificación y ordenación de toda la prosa becqueriana tendríamos que distinguir entre la firmada y la no firmada por él. Esta última se la atribuimos por el lugar de su publicación, pero sobre todo por su valor intrínseco y su acento peculiar. Acento y calidad que, a pesar de todas las precauciones, pueden engañarnos. Dentro de la prosa que publicó con su firma podemos seguir distinguiendo entre: escritos de poética (Introducción sinfónica, Cartas literarias a una mujer, Prólogo a La Soledad, de Augusto Ferrán, Pensamientos, La pereza, Las hojas secas...); leyendas autobiográficas (Tres fechas, La mujer de piedra (fragmento), Los ojos verdes, El rayo de luna, El beso. En las dos primeras, el protagonista es el mismo poeta; en las otras se transfiere, bien a un joven soñador de finales de la edad media, bien a un joven oficial, también soñador, del ejército invasor de Napoleón); otras leyendas mayores (El caudillo de las manos rojas, Maese Pérez el organista, El Miserere, El monte de las Animas, La corza blanca, El gnom, La cruz del diablo, Creed en Dios, La venta de los gatos): cartas

desde mi celda, que son nueve y las cuatro últimas incluyen cuatro leyendas más; leyendas menores (La Creación, La ajorca de oro, La rosa de pasión, El cristo de la calavera, La cueva de la mora, La promesa, ¡Es raro!, Memorias de un pavo...); caprichos (Las perlas, El aderezo de esmeraldas, El carnaval, La noche de difuntos, La ridiculez, Mi conciencia y yo, Haciendo tiempo, A la claridad de la Luna, El calor y varias de las entregas de Cualquier cosa). Por su parte, la prosa no firmada comprende artículos de costumbres, reseñas de crítica literaria, y revistas contemporáneas, en las que habla un poco de política y un mucho de otras cosas.

En el comienzo de su vida de escritor, y en un momento de entusiasmo juvenil ilimitado, Bécquer se ha escrito de un tirón cerca de 500 páginas sobre historia de la arquitectura. Para ello, ha tenido que documentarse, partiendo, por así decirlo, a la manera española, de la nada, y ha tenido que incorporar su documentación a una forma literaria objetiva. Pero la empresa proyectada ha fracasado, la vocación científica de historiador o investigador del pasado no ha arraigado en su vida, la forma literaria tampoco ha cuajado como arte, y hoy día nos damos cuenta de que sus primeros pasos como escritor también pertenecen a su ensoñación de poeta. En la evolución temporal de su prosa —del 57 al 70— la materia didáctica de la primera hora va a ser muy pronto sustituida por una materia narrativa, mucho más libre y personal. Y en vez de “hacer” historia, Bécquer se pone a contarnos historias inventadas por él, historias o leyendas dentro de las cuales empieza a crecer desmesuradamente la posibilidad de ensueño que estaba ya latente en su prosa más o menos mostrenca de historiador en ciernes. En el caso de Bécquer, el ensueño va a ser la clave de su alma y hasta de su destino de hombre. Ya lo dijo Ruben: Y la Musa de Bécquer del ensueño es esclava...

Todos sus aciertos de poeta, en verso y en prosa, tienen lugar a través del ensueño. Este, que no es materia, tampoco es forma artística plenamente lograda. ¿Es ese lazo impalpable o invisible anillo que une, como nos dice en la rima V, el mundo de la forma al mundo de la idea? El ensueño pertenece a la imaginación creadora, pero sólo como momento de transición. Y a Bécquer le gusta quedarse, o intentar quedarse, en ese momento. Son muchos los pasajes de su poética que aluden a él. El ensueño de la prosa becqueriana empieza ya en su Historia de los templos de España, pero no hace más que empezar. Su plenitud de crecimiento invade las leyendas y las cartas.

El ensueño es como un viaje, y a Bécquer, que le gusta soñar, que le hace falta soñar para ser el que es, también le gusta mucho viajar. En cuanto Bécquer se pone a viajar, le da rienda suelta a su ensueño. El viaje nos lleva a la realidad, a más realidad, y esa más realidad, esa otra realidad, está en él tejida de ensueño. El ensueño consiste en hacerle caso a través de sus descubrimientos concretos. Las páginas mejores en que nos habla de esta correspondencia íntima entre el ensueño y el viaje, están, creo yo, en su leyenda autobiográfica Tres fechas y en la primera de sus Cartas desde mi celda.

La necesidad de ensueño para crear algo que merezca la pena, algo que no sea parecerse a los demás, le hacía exclamar a Baudelaire —poeta posromántico contemporáneo de Bécquer— “N'importe où pourvu que ce soit hors de ce monde”. No

importa dónde, con tal de que sea fuera de este mundo. El ensueño es como un viaje fuera de este mundo, pero sin salir de él. A Bécquer, el ensueño le sirve para descubrir mejor la realidad, toda la realidad y nada más que la realidad. Sus seres invisibles, sus fantasmas musicales y sus mujeres imposibles pertenecen a una realidad transida de ensueño.

Ahora ya podemos decir que, en su prosa, Bécquer nos sigue hablando de arquitectura, pero transida de ensueño. Nos habla, a la manera romántica, de las ruinas, de su melancolía y su misterio, y entonces se acerca a las Meditations de Lamartine. Nos habla ya, de una manera posromántica y casi del todo realista, del caserio popular, de su vitalidad y su encanto, y entonces se acerca a los escritores costumbristas pero con una trascendencia de acento que le impide el empequeñecimiento del tema. Y nos habla también de la gran arquitectura monumental, recordando tal vez sus primeros pasos como escritor didáctico, pero ahora ya refiriéndola siempre al ensueño colectivo de una sociedad humana determinada. La arquitectura como ensueño supremo de una sociedad que ha sido —las ruinas— y que sigue siendo en su doble dimensión popular y monumental o culta.

En la antología que presento —para dejar señalada en las páginas de esta revista de arquitectura la fecha del centenario de su muerte (22 diciembre 1970) he querido recoger la dimensión de su ensueño frente a la arquitectura a través de estos tres temas nada más, dejando fuera otras posibles selecciones.

Luis Felipe VIVANCO

- (1) Cf. Heliodoro Carpintero: Bécquer de par en par. Ed. Insula. Madrid, 1957.
- (2) Cf. Bécquer: Rimas. Edición, introducción y notas de José Pedro Díaz. Espasa Calpe. Madrid, 1963. Véase también José Pedro Díaz: Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y poesía. Ed. La Galatea. Montevideo, 1953; segunda edición, corregida y aumentada, Ed. Gredos. Madrid, 1963.
- (3) Historia de los templos de España. Tomo I. Madrid, 1857. Imprenta y estereotipo española de los señores Nieto y compañía. Torija, 14, bajo.
- (4) Gustavo Adolfo Bécquer: Historia de los templos de España. Lo publica y prologa Fernando Iglesias Cisneros. “Arte Hispánico”. Impreso en Avila, 1933.



GUSTAVO ADOLFO BECQUER:
El poeta y las musas (dibujo)

ANTOLOGÍA

I

LAS RUINAS

SILENCIOSAS ruinas de un prodigio del arte, restos imponentes de una generación olvidada, sombríos muros del santuario del Señor héme aquí entre vosotros. Salud compañeros de la meditación y la melancolía, salud. Yo soy el poeta. El poeta que no trae ni los pergaminos del historiador, ni el compás del arquitecto; que ignora aún el tecnicismo del uno y apenas si, merced a las tradiciones que guarda en sus cantares, puede seguir al otro por entre las enmarañadas sendas de su abrumadora sabiduría. El poeta, que no viene a reducir vuestra majestad a líneas, ni vuestros recuerdos a números, sino a pedir un rayo de inspiración y un instante de calma. Bañad mi frente en vuestra sombra apacible, prestadme una rama de vuestros sauces para colgar mi laúd, haced que la melancolía que sueña en vuestro seno me envuelva entre sus alas transparentes, que yo, al partir, os pagaré esta hospitalidad con una lágrima y un canto.

DISEMINADOS por el suelo, medio enterrados unos, casi ocultos por las altas hierbas los otros, veíanse allí una infinidad de fragmentos de mil y mil cosas distintas, rotas y arrojadas en diferentes épocas a aquel lugar, donde iban formando capas en las cuales hubiera sido fácil seguir un curso de geología histórica.

Azulejos moriscos esmaltados de colores, trozos de columnas de mármol y de jaspe, pedazos de ladrillos de cien clases diversas, grandes sillares cubiertos de verdín y de musgo, astillas de madera ya casi hechas polvo, restos de antiguos artesanados, jirones de tela, tiras de cuero y otros cien y cien objetos sin forma ni nombre, eran los que aparecían, a primera vista, a la superficie, llamando asimismo la atención y deslumbrando los ojos una miriada de chispas de luz derramadas sobre la verdura como un puñado de diamantes arrojados a granel y que, examinados de cerca, no eran otra cosa que pequeños fragmentos de vidrio, de pucheros, platos y vasijas, que, reflejando los rayos del sol, fingían todo un cielo de estrellas microscópicas y deslumbrantes.



I. Núñez de Castro: CONVENTO DE SANTA ISABEL (Toledo)

EN el atrio que dibujaban algunos pedruscos diseminados por el suelo, crecían zarzales y hierbas parásitas, entre los que yacían medio ocultos, ya el destrozado capitel de una columna, ya un sillar groseramente esculpido con hojas entrelazadas, endriagos horribles y grotescas e informes figuras humanas. Del templo sólo quedaban en pie los muros laterales y algunos arcos rotos y cubiertos de hiedra.

EN la época a que nos referimos, los caballeros de la Orden habían ya abandonado sus históricas fortalezas; pero aún quedaban en pie los restos de los anchos torreones de sus muros, aún se veían, como en parte se ven hoy, cubiertos de hiedra y campanillas blancas, los macizos arcos de su claustro, las prolongadas galerías ojivales de sus patios de armas, en las que suspiraba el viento con un gemido, agitando las altas hierbas.

BAJO las santificadas bóvedas, que sólo habían recibido la nube del incienso o las preces de los religiosos, retumban el sonoro golpear del ferrado casco de los corceles, el ronco son de los tambores y el metálico choque de las armas. Temblando los ecos, repiten los libres cantares de los campamentos y el nocturno grito de alarma de los vigías. Aquí, al pie de tu altar, arde una hoguera alimentada con los tallados fragmentos de tus aras y tu coro rotos en mil astillas; allí, apoyándose en sus lanzas y mal envueltos en sus capotes de guerra, duermen los unos, en tanto que más allá los otros forman un círculo en que, con ojos chispeantes de avaricia, siguen al oro que rueda sujeto a los caprichos de la fortuna, mientras espumosas copas pasan, de mano en mano, entre las carcajadas, los juramentos y las blasfemias.

LA iglesia estaba completamente dismantelada: en el altar mayor pendían aún de las altas cornisas los rotos girones del velo con que lo habían cubierto los religiosos al abandonar aquel recinto; diseminados por las naves veíanse algunos retablos adosados al muro, sin imágenes en las homacinas; en el coro se dibujan, con un ribete de luz, los extraños perfiles de la oscura sillería de alerce; en el pavimento, destrozado en varios puntos, distinguíanse aún anchas losas sepulcrales llenas de timbres, escudos y largas inscripciones góticas; y allá a lo lejos, en el fondo de las silenciosas capillas y a lo largo del crucero, se destacaban, confusamente, entre la oscuridad, semejantes a blancos e inmóviles fantasmas, las estatuas de piedra que, unas tendidas, otras de hinojos sobre el mármol de sus tumbas, parecían ser los únicos habitantes del ruinoso edificio.

DE los muros no quedan más que algunos ruinosos vestigios; las piedras de la atalaya han caído unas sobre otras al foso y lo han cegado por completo; en el patio de armas crecen zarzales y matas de jaramago; por todas partes adonde se vuelven los ojos no se ven más que arcos rotos, sillares oscuros y carcomidos: aquí un lienzo de barbacana, entre cuyas hendiduras nace la hierba; allí un torreón, que aún se tiene en pie como por milagro; más allá los postes de argamasa con las anillas de hierro que sostenían el puente colgante.

EN el fondo de mi alma consagro como una especie de culto, una veneración profunda a todo lo que pertenece al pasado y las poéticas tradiciones, las derruidas fortalezas, los antiguos usos de nuestra vieja España, tienen para mí todo ese indefinible encanto, esa vaguedad misteriosa de la puesta de sol de un día espléndido, cuyas horas, llenas de emociones, vuelven a pasar por la memoria vestidas de colores y de luz, antes de sepultarse en las tinieblas en que se han de perder para siempre.

Valeriano D. Bécquer:
MONASTERIO DE VERUELA. CLAUSTRO
 (El Museo Universal)

LAS almenas caen unas tras otras de lo alto de los muros y van cegando los fosos; de la picota feudal sólo queda un trozo de granito informe y el arado abre un surco profundo en el patio de armas...

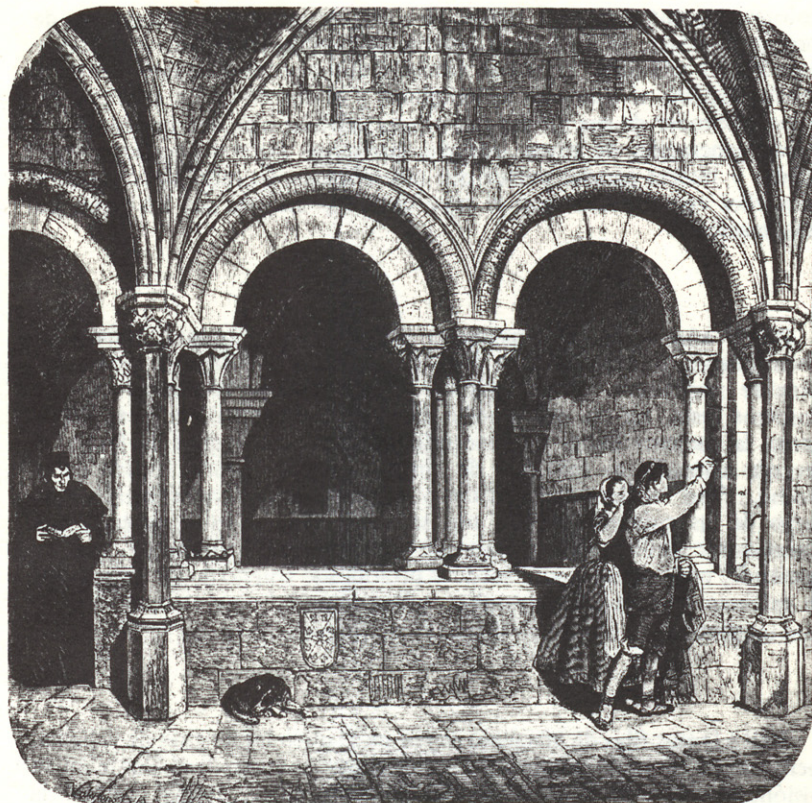
¿DONDE están los cancelos y las celosías morunas? ¿Dónde los pasillos embovedados, los aleros salientes de maderas labradas, los balcones con su guardapolvo triangular, las ojivas con estrellas de vidrio, los muros de los jardines por donde rebosa la verdura, las encrucijadas medrosas, los carasolés de las tafurerías y los espaciosos atrios de los templos? El albañil, armado de su implacable piqueta, arrasa los ángulos caprichosos, tira los puntiagudos tejados o demuele los moriscos miradores y mientras el brochista roba a los muros el artístico color que le han dado los siglos, embadurnándolos de cal y almagra, el arquitecto los embellece a su modo con carteles de yeso y cariátides de escayola, dejándolos más vistosos que una caja de dulces franceses.

CUANDO el pastor terminó su relato, llegábamos precisamente a la cumbre más cercana al pueblo, desde donde se ofreció a mi vista el castillo oscuro e imponente con su alta torre del homenaje, de la que sólo queda en pie un lienzo de muro con dos saeteras que transparentaban la luz y parecían los ojos de un fantasma. En aquel castillo, que tiene por cimientto la pizarra negra de que está formado el monte y cuyas vetustas murallas, hechas de pedruscos enormes, parecen obra de titanes, es fama que las brujas de los contornos tienen sus nocturnos conciliábulo.

POR último, entro en el claustro, donde ya reina una oscuridad profunda: la llama del fósforo que enciendo para atravesarlo vacila agitada por el aire y los círculos de luz que despide luchan trabajosamente con las tinieblas. Sin embargo, a su incierto resplandor, pueden distinguirse las largas series de ojivas, festoneadas de hojas de trébol, por entre las que asoman, con una mueca muda y horrible, esas mil fantásticas y caprichosas creaciones de la imaginación que el arte misterioso de la Edad Media dejó grabadas en el granito de sus basílicas: aquí un endriago que se retuerce por una columna y saca su deforme cabeza por entre la hojarasca del capitel; allí un angel que lucha con un demonio y entre los dos soportan la recaída de un arco que se apunta al muro; más lejos y sombreadas por el batiente oscuro del lucillo que las contiene, las urnas de piedra donde, bien con la mano en el montante o revestidas de la cogulla, se ven las estatuas de los guerreros y abades más ilustres que han patrocinado este monasterio o lo han enriquecido con sus dones.

EN los moriscos arcos de las casas que aún se ven en las torcidas y estrechas callejas de las antiguas poblaciones; en el ángulo de los templos adonde penetra con dificultad la luz al través de los vidrios de la ojiva; en el interior de las habitaciones de esos palacios levantados sobre las ruinas de otros edificios notables y que son una agregación de construcciones de diferentes y remotas épocas; por todos aquellos sitios a que lleva el aficionado su entusiasmo por las obras que revelan el carácter y el espíritu de otras edades, recoge infinitos datos importantes y apunta, aunque ligeramente, esos rasgos llenos de verdad y carácter que tanto nos deleitan, cuando examinamos la cartera de viaje de un artista.

SOLO un poder existe capaz de devolvernos, por un instante, vuestro perdido esplendor y hermosura; el poder de la exaltada mente del poeta. Sí, yo puedo reanimaros, yo veo cubrirse los rotos ajimeces de vidrios de



Monasterio de Santa María de Veruela - Aragón. Dibujo de Valeriano Bécquer, grabado en madera por Rico. (El Museo Universal)

colores, los entrearcos de tapices, las aras de imágenes; de lámparas de oro las bóvedas, de trofeos de guerra las capillas y de tisú, pendones y escudos las tribunas. Yo siento vibrar el aire con las aclamaciones de la muchedumbre, el canto de los religiosos y el clamor de las trompas; yo miro descender de sus nichos, como para celebrar otra vez su triunfo, esa muda generación de reyes, obispos, guerreros, pajes y heraldos, cuyas sordas y huecas pisadas parece que retumban en mi oído, cuyos rostros inmóviles veo animarse con el rayo de luz y de vida que les presta mi imaginación.

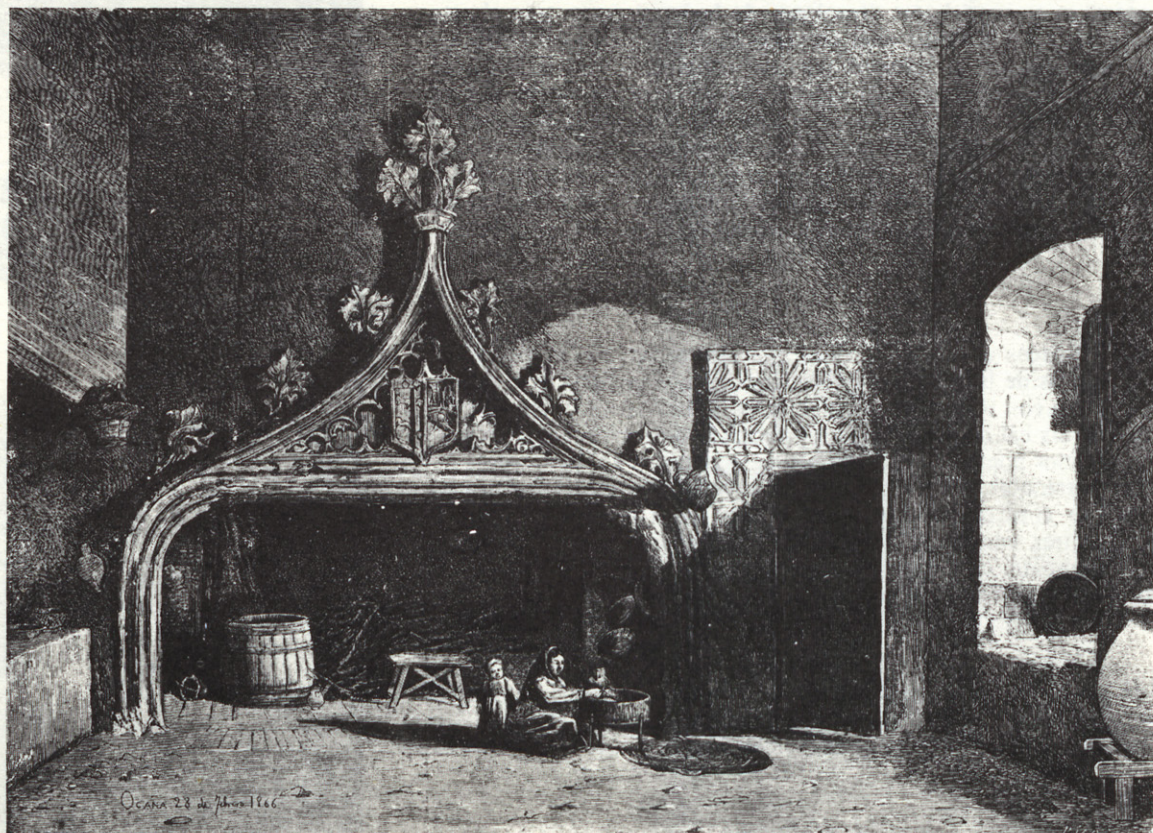
PERO aún no se ha consumado la obra de exterminio; todavía al abandonaros, para facilitar su fuga y disipar las sombras, se sirven del fúnebre resplandor de una gigante fogata encendida con lo que de vosotros resta. La tea que arrojan en tu seno prende al fin, el vendaval azota la naciente llama y el incendio, con sus mil lenguas de fuego, se levanta agitando su cabellera de chispas sobre el fondo oscuro de la noche... Ved las llamaradas azules y amarillas enroscarse silbando a lo largo de las columnas, como una serpiente que las estrecha entre sus abrasadores anillos. Oid el gemido ahogado del maderamen que se enciende, cruje y salta y el sordo y prolongado trueno de los muros que se calcinan, se grietan y derrumban, unirse al tumultuoso clamoreo de los que, inutilmente, se afanan en detener los progresos de la destrucción.

MIRAD esas filas de imágenes cuyos pies lamen las lenguas de la llama, permanecer impasibles como los precitos que contempló el Dante en su visión, inmóviles en la ribera del mar candente. Pero... ¡atrás! ¡atrás! la gran bóveda que cubre el ala del mediodía vacila; da un ¡ay! terrible y cae al suelo arrastrando con ella el cuerpo que sostiene. Mil y mil volúmenes ruedan entre las llamas y los humeantes escombros; códices preciados, antiguos pergaminos, tesoros de la ciencia, las historias y las artes que la sabiduría reunió con diligencia exquisita, todo perece, todo se consume. ¡Atrás! ¡Atrás! Los ojos se ciegan, una nube de cenizas calientes y de espeso humo cubre, como un velo funeral, este cuadro espantoso. Dejad que, en su seno, la obra de la destrucción se corone.

UN lienzo de dobles arcos ojivales, sostenido por los estribos de un vano de medio punto, que parece haber formado parte de una galería interior del palacio, se ostenta aún con toda su elegante esbeltez hacia la parte de la torre llamada del homenaje; varios escudos esculpidos en barroqueña, algunos ricos fragmentos mutilados y esparcidos por el suelo y restos de alicatado mudéjar, pertenecientes, sin duda, a la ornamentación de las estancias, son mudos testimonios de la grandeza de esta magnífica obra y curiosos ejemplares del estado de las artes en la época a que se debe la fundación del castillo, que aún se conservaría en el buen estado si durante la última guerra civil un célebre general no lo hubiese entregado a las llamas.

FIGURESE usted una iglesia tan grande y tan importante como la más imponente y más grande de nuestras catedrales. En un rincón, sobre un magnífico pedestal labrado de figuras caprichosas y formando el más extraño contraste, una pequeña jofaina de loza de la más basta de Valencia hace las veces de pila para el agua bendita; de las robustas bóvedas cuelgan aún las cadenas de metal que sostuvieron las lámparas, que ya han desaparecido; en los pilares se ven las estacas y las anillas de hierro de que pendían las colgaduras de terciopelo franjado de oro, de las que sólo queda la memoria; entre dos arcos existe todavía el hueco que ocupaba el órgano; no hay vidrios en las ojivas que dan paso a la luz; no hay altares en las capillas; el coro está hecho pedazos, el aire, que penetra sin dificultad por todas partes, gime por los ángulos del templo y los pasos resuenan de un modo tan particular que parece que se anda por el interior de un inmensa tumba.

MAS la noche baja, las aves nocturnas comienzan a revolotear en torno a los agudos chapiteles de vuestras agujas y las azules campanillas que se enredan por entre los rotos machones de vuestro claustro, cierran sus húmedos cálices. Quedad con Dios, muros sombríos que me disteis hospitalidad; yo os abandono y acaso para siempre; pero vuestra imagen vivirá eterna en mi memoria. No temais que yo la profane confundiendo vuestra impresión con las impuras y vanas impresiones de la tierra, no; yo os guardaré en mi alma y en un lugar escondido y misterioso, en donde oculto, como un tesoro, los recuerdos santos de mi vida.



Valeriano D. Bécquer:
PALACIO DEL DUQUE DE
FRIAS (OCAÑA)

EL CASERIO POPULAR

HAY en Toledo una calle estrecha, torcida y oscura, que guarda, fielmente, la huella de las cien generaciones que en ella han habitado; que habla con tanta elocuencia a los ojos del artista y le revela tantos secretos puntos de afinidad entre las ideas y las costumbres de cada siglo, con la forma y el carácter especial impreso en sus obras más insignificantes, que yo cerraría sus entradas con una barrera y pondría, sobre la barrera, un tarjetón con este letrero:

“En nombre de los poetas y de los artistas, en nombre de los que sueñan y de los que estudian, se prohíbe a la civilización que toque a uno solo de estos ladrillos con su mano demoledora y prosaica”.

EL palacio de un magnate convertido en corral de vecindad: la casa de un alfaquí habitada por un canónigo; una sinagoga judía transformada en oratorio cristiano; un convento levantado sobre las ruinas de una mezquita árabe, de la que aún queda en pie la torre; mil extraños y pintorescos contrastes, mil y mil curiosas muestras de distintas razas, civilizaciones y épocas compendiadas, por decirlo así, en cien varas de terreno; he aquí todo lo que se encuentra en esta calle: calle construida en muchos siglos; calle estrecha, deforme, oscura y con infinidad de revueltas, donde cada cual, al levantar su habitación, tomaba una saliente, dejaba un rincón o hacía un ángulo con arreglo a su gusto, sin consultar el nivel, la altura ni la regularidad; calle rica en no calculadas combinaciones de líneas, con un verdadero lujo de detalles caprichosos, con tantos y tantos accidentes que cada vez ofrece algo nuevo al que la estudia.

A poco de comenzada esta minuciosa inspección de la parte exterior del templo y habiendo cruzado por debajo de un pasadizo cubierto, que a manera de puerta unía la iglesia a un antiguo edificio contiguo a ella, me encontré en una pequeña plaza de forma irregular, cuyo perímetro dibujaban, por un lado, la antiquísima portada de un palacio en ruinas y, por otro, las altas y descarnadas tapias del jardín de un convento; ocupando el resto y cerrando el mal trazado semicírculo de aquella plazoleta sin salida, parte de la vetusta muralla romana de la población y el ábside del templo que acababa de admirar, ábside maravilloso de color y de formas y en el cual, satisfecho sin duda el maestro que lo trazó, al verte tan gallardo y rico de líneas y accidentes, empleó, para ejecutarle, los más hábiles artífices de aquella época en que era vulgar labrar la piedra con la exquisita ligereza con que se teje un encaje.

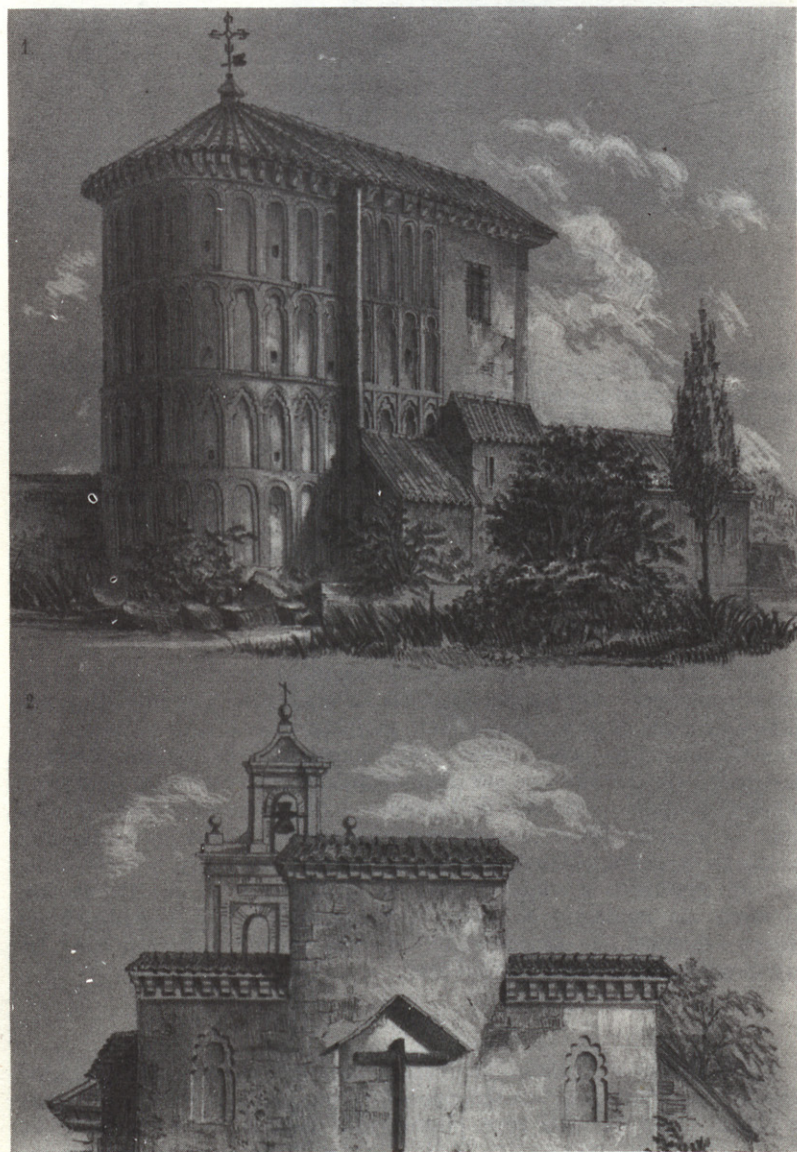
FIGURENSE ustedes un medio punto de piedra carcomida y tostada, en cuya clave luce un escudo con un casco que, en vez de plumas, tiene, en la cimera, una pomposa mata de jaramagos amarillos, nacida entre las hendiduras de los sillares; junto al balcón de los que fueron un día señores de aquella casa solariega, hay un palo, con una tabla en la punta a guisa de banderola, en que se lee, con grandes letras de almagre, el título del establecimiento; el nudoso y retorcido tronco de una parra que comienza a retoñar cubre de hojas verdes, transparentes e inquietas, un ventanucillo abierto en el fondo de una antigua ojiva rellena de argamasa y guijarros de colores; a los lados del portal sirven de asiento algunos trozos de columnas, sustentados por rimeros de ladrillos o capiteles rotos y casi ocultos entre las hierbas que crecen al pie del muro, en el cual, entre remiendos y parches de diferentes épocas, unos blancos y brillantes aún, otros con oscuras manchas de ese barniz particular de los años, se ven algunas estaquillas de madera clavadas en las hendiduras.

EN el fondo y caracoleando pegada a los muros o sujeta con puntales, subía a las habitaciones interiores una escalerilla empinada y estrecha, en cuyo hueco y revolviendo un haz de paja, picoteaban los granos perdidos hasta una media docena de gallinas; la parte de la izquierda, a la que daba paso un arco apuntado y ruinoso, dejaba ver un rincón de la cocina

iluminado por el resplandor rojizo y alegre del hogar, en donde formaban un gracioso grupo la posadera, mujer frescota y de buen temple, aunque entrada en años, una muchacha vivaracha y despierta como de quince a dieciseis y cuatro o cinco chicuelos rubios y tiznados, amén de un enorme gato rucio y dos o tres perros que se habían dormido al amor de la lumbre.

LOS mil y mil accidentes pintorescos que, a la vez, cautivan el ánimo y llaman a la vista como reclamando la prioridad de la descripción; las dobles hileras de casquillas de extraño contorno y extravagantes proporciones, éstas altas y estrechas como un castillo, aquéllas chatas y agazapadas entre el ángulo de un templo y los muros de un palacio como una verruga de argamasa y escombros; los recortados lienzos de edificios con un remiendo moderno, un trozo de piedra que acusa su antigüedad, un escudo de pizarra que oculta casi el rótulo de una mercería, un retablillo con una imagen de la Purísima y su farol ahumado y diminuto, o el retorcido tronco de una vid que sale del interior por un agujero practicado en la pared y sube hasta sombrear con un toldo de verdura el alféizar de un ajimez árabe, confundidos y entremezclados en mi memoria con el recuerdo de la monumental fachada de la casa-ayuntamiento, con sus figuras colosales de granito, sus molduras de

HISTORIA DE LOS TEMPLOS DE ESPAÑA



Copió del natural y litg. J. Núñez de Castro

Litg. de J. Donon Madrid 1858

TOLEDO

- 1 Vista exterior de Sta. Leocadia (vulgo Cristo de la Vega)
- 2 Parroquia de San Isidoro, en el barrio de la Antequeruela



Joaquín Domínguez Bécquer: UN DÍA DE CARNAVAL
AL PIE DE LA LONJA DE SEVILLA (Oleo. 1841)

hojarasca, sus frisos por donde se extiende una larga y muda procesión de guerreros de piedra, precedidos de timbales y clarines, sus torres cónicas, sus arcos chatos y fuertes y sus blasones soportados por ángeles y grifos rampantes, forman en mi cabeza un caos tan difícil de desembrollar en este momento, que si ustedes, con su imaginación, no hacen en él la luz y lo ordenan y colocan, a su gusto, todas estas cosas que yo arrojo a granel sobre las cuartillas, las figuras de mi cuadro se quedarán sin fondo, los actores de mi comedia se agitarán en un escenario sin decoración ni acompañamiento.

MAS allá de este arco que baña con su sombra aquel lugar, dándole un tinte de misterio y tristeza indescriptible, se prolongan, a ambos lados, dos hileras de casas oscuras, desiguales y extrañas, cada cual de su forma, sus dimensiones y su color. Unas están construidas de piedras toscas y desiguales, sin más adornos que algunos blasones groseramente esculpidos sobre la portada; otras son de ladrillos y tienen un arco árabe que les sirve de ingreso, dos o tres ajimeces abiertos a capricho en un paredón grieteado y un mirador que termina en una alta veleta. Las hay con traza que no pertenece a ningún orden de arquitectura y que tienen, sin embargo, un remiendo de todas, que son un modelo acabado de un género especial y desconocido, o una muestra curiosa de las extravagancias de un período del arte.

Estas tienen un balcón de madera con un cobertizo disparatado; aquéllas una ventana gótica recientemente enlucida y con algunos tiestos de flores; la de más allá unos pintorreados azulejos en el marco de la puerta, clavos enormes en los tableros y dos fustes de columnas, tal vez procedentes de un alcázar morisco, empotrados en el muro.

UNA tarde, sin embargo, al pasar frente a un caserón antiquísimo y oscuro, en cuyos altos paredones se veían tres o cuatro ventanas de

formas desiguales, repartidas sin orden ni concierto, me fijé, casualmente, en una de ellas. La formaba un gran arco ojival, rodeado de un festón de hojas picadas y agudas. El arco estaba cerrado por un ligero tabique, recientemente construido y blanco como la nieve, en medio del cual se veía, como contenida en la primera, una pequeña ventana con un marco y sus hierros verdes, una maceta de campanillas azules, cuyos tallos subían a enredarse por entre las labores de granito y unas vidrieras con sus cristales emplomados y su cortinilla de una tela blanca, ligera y transparente.

FIGURENSE ustedes en el declive de una montaña inmensa y sobre una roca que parece servirle de pedestal, un castillo del que sólo quedan en pie la torre del homenaje y algunos lienzos de muro carcomidos y musgosos: agrupadas alrededor de este esqueleto de fortaleza, cual si quisiesen todavía dormir seguras a su sombra, como en la edad de hierro en que debió de alzarse, se ven algunas casas, pequeñas heredades con sus bardales de heno, sus tejados rojizos y sus chimeneas desiguales y puntiagudas, por encima de las que se eleva el campanario de la parroquia con su reloj de sol, su esquiloncillo que llama a la primera misa y su gallo de hoja de lata que gira en lo alto de la veleta a merced de los vientos.

CUANDO, no sin tener que forcejear antes un poco, logré abrir la carcomida y casi deshecha puerta del pequeño cementerio que, por casualidad, había encontrado en mi camino y éste se ofreció a mi vista, no pude menos de confirmarme, de nuevo, en mis ideas. Es imposible ni aún concebir un sitio más agreste, más solitario y más triste, con una agradable tristeza, que aquél. Nada habla allí de la muerte con ese lenguaje enfático y pomposo de los epitafios; nada la recuerda de modo que horrorice con el repugnante espectáculo de sus atavíos y despojos. Cuatro lienzos de tapia humilde, compuestos de arena amasada con piedrecillas de colores, ladrillos rojos y algunos sillares cubiertos de musgo en los ángulos, cercan un pedazo de tierra en el cual la poderosa vegetación de este país, abandonada a sí misma, despliega sus silvestres galas con un lujo y una hermosura imponderables. Al pie de las tapias y por entre sus rendijas, crecen la hiedra y esas campanillas de color rosa pálido que suben sosteniéndose en las asperezas del muro hasta trepar a los bardales de heno, por donde se cruzan y se mecen como una flotante guirnalda de verdura. La espesa y fina hierba que cubre el terreno y marca, con suave claroscuro, todas sus ondulaciones, produce el efecto de un tapiz bordado de esas mil florecillas cuyos poéticos nombres ignora la ciencia y sólo podrían decir las muchachas del lugar que, en las tardes de mayo, las cogen en el halda para engalanar el retablo de la Virgen.

POR un lado la cerraba una hilera de casucas oscuras y pequeñas con sus tejados dentellados de chimeneas, veletas y cobertizos, sus guardacantones de mármol sujetos a las esquinas con una anilla de hierro, sus balcones achatados o estrechos, sus ventanillos con tiestos de flores y su farol rodeado de una red de alambre que defiende los ahumados vidrios de las pedradas de los muchachos.

Otro frente lo constituía un paredón negruzco, lleno de grietas y hendiduras, en donde algunos reptiles asomaban su cabeza de ojos pequeños y brillantes por entre las hojas de musgo: un paredón altísimo formado de gruesos sillares, sembrado de huecos de puertas y balcones tapiados con piedra y argamasa, y a uno de cuyos extremos se unía formando ángulo con él, una tapia de ladrillos, desconchada y llena de mechinales, manchada a trechos de tintas rojas, verdes o amarillentas y coronada de un bardal de heno seco, entre el cual corrían algunos tallos de enredaderas.

FIGURAOS una casita blanca como el ampo de la nieve, con su cubierta de tejas rojizas las unas y verdinegras las otras, entre las cuales crecen en sin fin de jaramagos y matas de reseda. Un cobertizo de madera baña, en sombra, el dintel de la puerta, a cuyos lados hay dos poyos de ladrillos y argamasa. Empotradas en el muro, que rompen varios ventanillos abiertos a capricho para dar luz al interior y de los cuales unos son más bajos y otros más altos, éste en forma cuadrangular, aquél imitando un ajimez o una claraboya, se ven, de trecho en trecho, algunas

estacas y anillas de hierro, que sirven para atar las caballerías. Una parra añosa que retuerce sus negruzcos troncos por entre la armazón de madera que la sostiene, vistiéndolos de pámpanos y hojas verdes y anchas, cubre, como un dosel, el estrado, el cual lo componen tres bancos de pino, media docena de sillas de anea desvencijadas y hasta seis o siete mesas cojas y hechas de tablas mal unidas. Por uno de los costados de la casa sube una madreSelva, agarrándose a las grietas de las paredes, hasta llegar al tejado, de cuyo alero penden algunas guías que se mecen con el aire, semejando flotantes pabellones de verdura. Al pie del otro corre una cerca de cañizo, señalando los límites de un pequeño jardín que parece una canastilla de juncos rebosando flores. Las copas de dos corpulentos árboles que se levantan a espaldas del ventorrillo, forman el fondo oscuro sobre el cual se destacan sus blancas chimeneas, completando la decoración los vallados de las huertas llenos de pitas y zarzamoras, los retamares que crecen a la orilla del agua y el Guadalquivir que se aleja arrastrando, con lentitud, su torcida corriente por entre aquellas agrestes márgenes...

UNA calle corta, oscura y formada por casas desiguales y caprichosas, entre las que descollaban algunas cuya masa imponente y denegrida acusaba su antigüedad, nos condujo a una gran plaza donde, según las indicaciones que traíamos, se debía de encontrar nuestro alojamiento. La posada, parador o mesón donde al fin nos instalamos, a juzgar por la rápida y escudriñadora mirada que dirigimos a nuestro alrededor al traspasar sus umbrales, era una copia fiel de los históricos mesones que ya habíamos examinado en Castilla y para cuya descripción puede aún aprovecharse algún párrafo de Cervantes. Con tal escrupulosidad se conserva, en algunos puntos de España, la tradición de estos establecimientos públicos.

III

LA ARQUITECTURA MONUMENTAL

El sol, que doraba las agudas flechas de los arbotantes, arrojaba, sobre el templo, el dentellado batiente de las almenas del muro y perfilaba la luz el ennegrecido y roto blasón de la casa solariega, que cerraba uno de los costados de la plaza, comenzó, poco a poco, a ocultarse detrás de una masa de edificios cercanos; las sombras tendidas antes por el suelo y que, insensiblemente, se habían ido alargando hasta llegar al pie del ábside, por cuyo lienzo subían como una marea creciente, acabaron por envolverle en una tinta azulada y ligera; la silueta oscura del templo se dibujó vigorosa sobre el claro cielo del crepúsculo que se desarrollaba a su espalda limpio y transparente, como esos fondos luminosos que dejan ver, por un hueco, las tablas de los antiguos pintores alemanes. Los detalles de la arquitectura comenzaban a confundirse; los ángulos perdían algo de la dureza de sus cortes a bisel; las figuras de los pilares se dibujaban indecisas, como fantasmas sin consistencia, envueltas en la oscuridad que arrojaban sobre ellas los monumentales doseles.

¡CUANTAS veces, después de haber discurrido por las anchurosas naves de alguna de nuestras inmensas catedrales góticas, o de haberme sorprendido la noche en uno de esos imponentes y severos claustros de nuestras históricas abadías, he vuelto a sentir inflamada mi alma con la idea de la gloria, pero una gloria más ruidosa y ardiente que la del poeta!

LA iglesia era alta y oscura: formaban sus naves dos filas de pilares compuestos de columnas delgadas reunidas en un haz, que descansaban en una base ancha y octógona y de cuya rica coronación de capiteles partían los arranques de las robustas ojivas. El altar mayor estaba colocado en el fondo, bajo una cúpula de estilo del Renacimiento cuajada de angelones con escudos, grifos, cuyos remates fingían profusas hojarascas, cornisas con molduras y florones dorados y dibujos caprichosos y elegantes. En torno a las naves se veía una multitud de capillas oscuras, en el fondo de las cuales ardían algunas lámparas, semejantes a estrellas perdidas en el cielo de una noche oscura. Capillas de una arquitectura árabe, gótica o churrigueresca: unas, cerradas con magníficas verjas de hierro; otras, con humildes barandales de madera;

éstas, sumidas en las tinieblas, con una antigua tumba de mármol delante del altar; aquéllas, profusamente alumbradas, con una imagen vestida de relumbrones y rodeada de votos de plata y cera con lacitos de cinta de colores.

RONCESVALLES tiene un aspecto original. Sus casas, de forma irregular y pintoresca, con cubiertas de pizarras puntiagudas, con pisos volados al exterior, torcidas escaleras que rodean los muros y dan paso a las galerías altas, barandales, postes y cobertizos por donde se enredan, suben y caen las plantas trepadoras en largos festones de verdura, ofrecen, agrupándose en torno a la colegiata, un conjunto de líneas y de color sumamente extraño y pintoresco.

SUCEDE con estos pueblecitos tan pintorescos, cuando se ven en lontananza tantas líneas caprichosas, tantas chimeneas arrojando pilares de humo azul, tantos árboles y peñas y accidentes artísticos, lo que con otras muchas cosas del mundo, en que todo es cuestión de la distancia a que se miran; y la mayor parte de las veces, cuando se llega a ellos, la poesía se convierte en prosa.

HISTORIA DE LOS TEMPLOS DE ESPAÑA



Copió del natural y litg. J. Núñez de Castro

Litg. de J. Donon Madrid 1858

TOLEDO

Santiago del Arrabal y San Eugenio

FIGURAOS un caos incomprensible de sombra y luz, en donde se mezclan y confunden, con las tinieblas de las naves, los rayos de colores de las ojivas; donde lucha y se pierde, en la oscuridad del santuario, el fulgor de las lámparas.

Figuraos un mundo de piedra inmenso como el espíritu de nuestra religión, sombrío como sus tradiciones, enigmático como sus parábolas y todavía no tendreis una idea remota de ese eterno monumento del entusiasmo y la fe de nuestros mayores, sobre el que los siglos han derramado; a porfía, el tesoro de sus creencias, de su inspiración y de su arte.

En su seno viven el silencio, la majestad, la poesía del misticismo y un santo horror que defiende sus umbrales contra los pensamientos mundanos y las mezquinas pasiones de la tierra.

YO guardo aún vivo el recuerdo de la imagen de piedra, del rincón solitario, del color y de las formas que armoniosamente combinados formaban un conjunto inexplicable; pero no creo posible dar con la palabra una idea de ella, ni mucho menos reducir a términos comprensibles la impresión que me produjo.

CUANDO la inteligencia se ha acostumbrado a deletrear esos libros de piedra, poco a poco se va haciendo la luz en el caos de líneas y accidentes que ofrecen a la mirada del profano, el cual necesita mucho tiempo y mucha tenacidad para iniciarse en sus fórmulas misteriosas y sorprender, una a una, las letras de su escritura jeroglífica. A fuerza de contemplación y meditaciones, yo había llegado, por aquella época, a deletrear algo del oscuro germanismo de los monumentos de la Edad Media; sabía buscar, en el recodo más sombrío de los pilares acodillados, el sillar que contenía la marca masónica de los constructores; calculaba, con acierto, el machón o la parte del muro que gravitaba sobre el arca de plomo o la piedra redonda en que se grababan, con el nombre de secta del maestro, su escuadra, el martillo y la simbólica estrella de cinco puntas, o la cabeza de pájaro que recuerda el ibis de los Faraones.

SI, ya oigo las alegres cantigas de los trabajadores y el sonoro golpear del martillo sobre el cincel; a mis oídos llegan las voces de los sobrestantes, el crujir de las maderas, el áspero chirrido de los tornos y la animada confusión de la muchedumbre que se afana en la erección del nuevo monumento. De todos los puntos de la península son llamados los maestros de obra más famosos, los aparejadores más inteligentes y los tallistas más hábiles. Yo los contemplo rivalizando en prontitud y ciencia, agotando, a porfía, sus fecundas imaginaciones. Aquí el granito toma las formas de un encaje tan leve como el del rostrillo de una dama; allí el de un corcel fantástico, cuya idea inspiró tal vez uno de los nocturnos cuentos del hogar. Angeles, reyes, vírgenes, águilas, escudos, guirnaldas de hojas, grupos de flores son ya las toscas piedras que anima, con sólo tocarlas, el genio.

PERO, ¿qué imaginación concibió vuestra majestuosa mole y levantándola sobre tan robustos cimientos escribió en sus sillares la epopeya de su siglo? Se ignora; mas yo te veo, ardiente enamorado del arte; te veo a la luz de la triste lámpara, compañera de tus vigiliatrazar, sobre el pergamino, una y otra figura geométrica. En vano, para realizar lo que concibe tu mente, acudes a las reglas de los maestros; en vano, porque la inspiración no ha extendido aún sus alas sobre tu cabeza; por eso apartando lejos de tí el compás y la escuadra, te arrojas sobre tu lecho, presa de la desesperación y el insomnio.

El vendaval silba al estrellarse contra las agujas de los campanarios y estremece los vidrios de tu ventana; la lluvia cae en turbiones y Toledo duerme. Tú no, un mar de lava arde en tu fantasía y entre las hirvientes crestas de sus olas se agitan y confunden las partes del todo que buscas. Tú las sigues con la mirada inquieta, las ves unirse, deshacerse, tornarse a encontrar y desenchajarse de nuevo, formando cien y cien combinaciones cada vez más extravagantes y locas, hasta que al fin prorrumpe en un grito, un grito de alegría sin nombre: el grito de ¡ ¡tierra! de Colón.



VISTA DE LA CATEDRAL DE TOLEDO. N. de Castro

EL poeta, a cuya invocación poderosa, como el acento de un conjuro mágico, palpita, en sus olvidadas tumbas, el polvo de cien generaciones; cuya imaginación ardiente reconstruye, sobre un roto sillar, un edificio y sobre el edificio, con sus creencias y sus costumbres, una edad remota; el poeta que ama el silencio para escuchar en él a su espíritu, que, en voz baja y en su idioma extraño al resto de los hombres, le cuenta las historias más peregrinas, las consejas maravillosas de sus padres; que ama la soledad para poblarla con los hijos de su mente y ver cruzar, ante sus ojos, en una onda de colores y de luz, los monjes y los reyes, las damas y los pajes, los heraldos y los guerreros, puede, a su antojo, al recorrer el interior de esta fábrica, cuyos ámbitos están llenos de la sombra de los católicos príncipes, dar vida a esa era portentosa de valor y de fe, a la que éstos dieron el impulso marchando a su frente.

POR todo el frente de la fachada se veían interpolados con un desorden, del cual, no obstante, resultaba cierta inexplicable armonía, fragmentos de arcadas románicas incluídas en lienzos de muros cuyos entrepaños dibujaban las descarnadas líneas de los pilares acodillados, con sus basas angulosas y sus capiteles de espárrago, propios del género gótico; trozos de molduras compuestas de adornos circulares combinados geométricamente, que se interrumpían a veces para dejar espacio a la ornamentación afiligranada y ondeante de una ventana de arco apuntado, enriquecida de figuritas más airoas y altas y adornada de vidrios de colores. A dondequiera que se fijaban los ojos, podían observarse detalles delicados de los dos géneros a que pertenecía el edificio y muestras de la feliz alianza con que la generación posterior supo, imprimiéndole su sello especial, conservar algo de la fisonomía y espíritu severo y sencillo en su tosquedad, del primitivo monumento.



INTERIOR DE SAN JUAN DE LOS REYES
(Toledo). Dibujo de I. Núñez de Castro

LA arquitectura árabe parece la hija del sueño de un creyente dormido después de una batalla a la sombra de una palmera. Sólo la religión que, con tan brillantes colores, pinta las huríes del paraíso y sus embriagadoras delicias, pudo reunir las confusas ideas de mil diferentes estilos y entretejerlos en la forma de un encaje. Sus gentiles creaciones no son más que una hermosa página del libro de su legislador poeta, escrita con alabastro y estuco en las paredes de una mezquita o en las tarbeas de una aljama.

POR encima de este segundo cuerpo otra faja o imposta sustenta las cupulillas, que, en igual número que los espacios cuadrados en que se dividen las naves, les sirven de cerramiento superior o cubierta.

Estas cupulillas, por las que cruzan, a manera de nervios, hermosas fajas resaltadas de estuco, son iguales en la totalidad de la forma, diferenciándose entre sí por las diversas combinaciones de los resaltos.

EL artesonado tiene la forma de un octógono entrelargo; es de alerce y contribuyen a su solidez las cuatro pechinas triangulares de sus extremos, al par que las gruesas tirantas pareadas que atraviesan, de muro a muro, la nave por el punto en que se apea el techo.

En las cabeceras de estas tirantas, en las pechinas y en todo el artesonado en fin, se admira la prolíja delicadeza de sus artífices, que ya en las estrellas rectangulares, formadas por la combinación de las maderas; ya en los casetones o en las figuras geométricas, que embellecen y completan la obra, dejaron una señalada muestra de su pericia e imaginación.

ALTO, delgado e inmóvil como un fantasma, vería destacarse sobre el anubarrado cielo de la noche, rompiendo la dentellada línea de casas de la población, un monumento de piedra semejante a esas columnas que permanecen de pie y aisladas entre las ruinas de un templo. Si la medrosa soledad de sus contornos, si el sordo aleteo de las aves de rapiña que venían a detenerse sobre la cruz del remate, si su forma particular e imponente no bastaban a hacerle comprender lo que aquello era, una cabeza separada de un tronco, greñuda y horrible, metida dentro de una jaula de hierro, un miembro humano enganchado en un garfio, o el enjuto cadáver de un hombre suspendido aún de la cuerda y bamboleándose lentamente al soplo del aire de la noche le dirían, bien pronto, que había dado, de manos a boca, con la picota del lugar.

La picota, como cuestión de arte, es la horca elevada a monumento, la columna triunfal erigida en honor del verdugo.

AQUELLOS de nuestros lectores que hayan contemplado uno de esos lienzos de Rembrandt, en el fondo de los cuales las grandes masas de oscuro circunscriben la luz en un solo punto, punto que, desde luego, fija la atención del espectador, atrayendo su mirada sobre la principal figura, tras la que luego se comienzan a distinguir, entre las sombras, unas cabezas, antes invisibles, después otras, enseguida grupos de personajes que se adelantan, un mundo, en fin, que, sumergido entre las fantásticas y transparentes veladuras del pintor, va apareciendo y completándose según el análisis a que se sujeta; esos tan sólo podrán formarse una idea, aunque vaga, del interior de Santa Leocadia, visto a esa hora en que el sol desaparece y la brisa mensajera de la noche tiende sus alas humedecidas en las ondas del río.

LAS rocas crujían como si sus grietas se dilatasen, e impulsadas de una fuerza oculta e interior amenazaban volar hechas mil pedazos. Los troncos más corpulentos arrojaban gemidos y chasqueaban, próximos a hendirse, como si un súbito desenvolvimiento de sus fibras fuese a rajar la endurecida corteza. Al cabo y después de sentirse sacudido el monte por tres veces, las piedras se desencajaron y los árboles se partieron y árboles y piedras comenzaron a saltar por los aires en furioso torbellino, cayendo semejantes a una lluvia espesa en el lugar que, de antemano, señaló el nigromante a sus servidores. Los colosales troncos y los inmensos témpanos de granito y pizarra oscura, que eran como arrojados al azar, caían, no obstante, unos sobre otros con admirable orden, e iban formando una cerca altísima a manera de bastión, que el agua de los torrentes, arrastrando arenas, menudas piedrecillas y cal de su alvéolo, se encargaba de completar, llenando las hendiduras con una argamasa indestructible.

LOS años y la devastación, al pasar sobre sus muros, le han grabado el sello de ruina y de grandeza que lo caracteriza y la yedra que se mece colgada de los parduscos y fuertes machones de su ábside; los carcomidos y tradicionales hierros que, a manera de festón arquitectónico, rodean sus robustos pilares; los calados doseletes que arrojan una sombra misteriosa sobre la frente de sus rotos y mudos heraldos de granito; la majestad y la esbeltez de la espaciosa y única nave de la iglesia; el hondo silencio de su maravilloso claustro, en el que los veladores ecos repiten y prolongan el leve rumor de los pasos y de la voz, medrosa de elevarse en su recinto, han hecho de este santuario de las tradiciones y del arte, un copioso manantial de recuerdos, de enseñanza y de poesía.

LA claridad de la mañana, esa claridad incierta y triste de las nebulosas mañanas de invierno, teñía de un vago azul los vidrios de mis balcones.

Al través de ellos se divisaba casi todo Madrid.

Madrid envuelto en una ligera neblina, por entre cuyos rotos girones levantaban sus crestas oscuras las chimeneas, las buhardillas, los campanarios y las desnudas ramas de los árboles. Madrid sucio, negro, feo como un esqueleto descarnado, tiritando bajo su inmenso sudario de nieve.

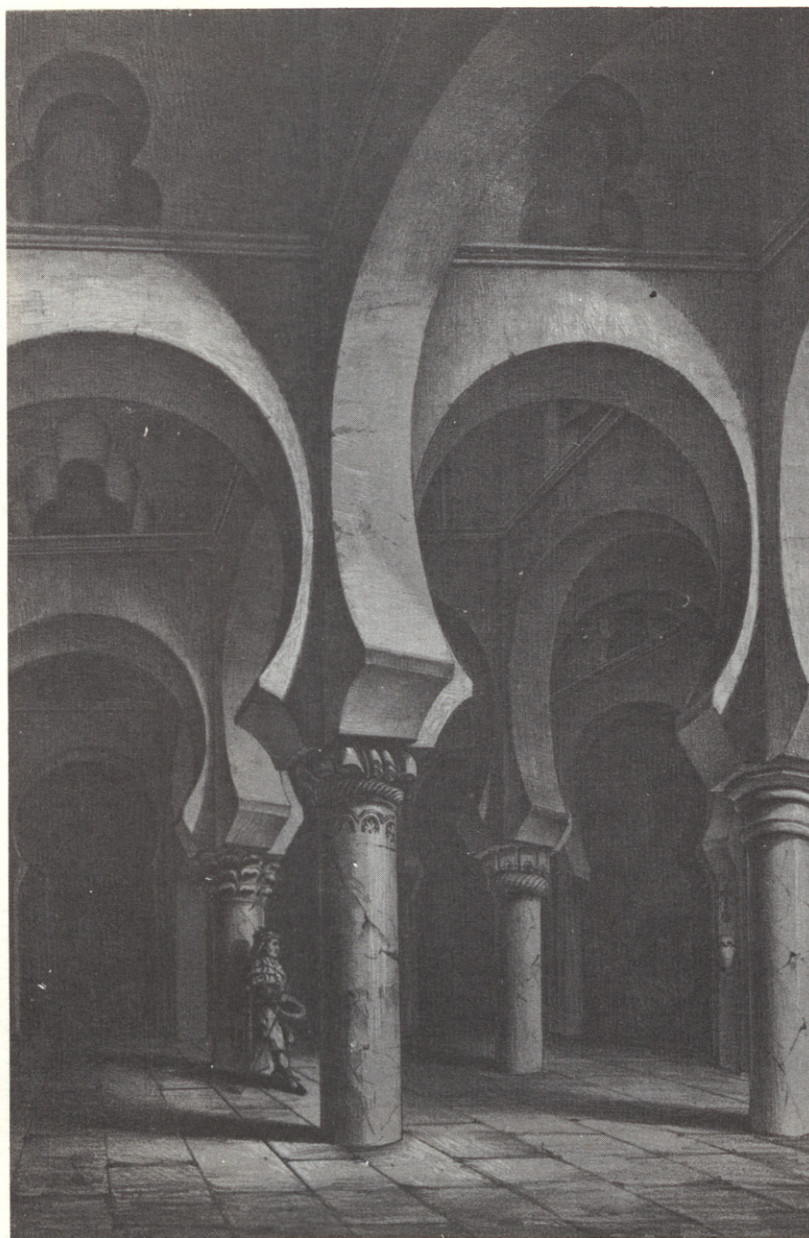
Mis miembros estaban ya ateridos, pero entonces tuve frío hasta el alma.

Copió del natural y litg. J. Núñez de Castro

Litg. de J. Donon Madrid, 1858

TOLEDO

Hermita del Cristo de la Luz



Referencia bibliográfica: I.—LAS RUINAS. 1: San Juan de los Reyes (HISTORIA DE LOS TEMPLOS DE ESPAÑA). 2: Tres fechas. 3: La rosa de pasión. 4: El rayo de luna. 5: San Juan de los Reyes (H.T.E.). 6: El beso. 7: La Cueva de la Mora. 8: Desde mi celda: carta cuarta. 9: Idem: id. 10: Idem: id. 11: Idem: carta sexta. 12: Idem: carta segunda. 13: Sepulcro de los Condes de Mérito, en Toledo. 14: San Juan de los Reyes (H.T.E.). 15: Idem. 16: Idem. 17: Castillo Real de Olite. 18: Desde mi celda: carta novena. 19: San Juan de los Reyes (H.T.E.).

II. EL CASERIO POPULAR: 1: Tres fechas. 2: Idem. 3: La mujer de piedra. 4: Desde mi celda: carta primera. 5: Idem: id. 6: Idem: carta quinta. 7: Tres fechas. 8: Idem: 9: Desde mi celda: carta tercera. 10:

Idem: id. 11: Tres fechas. 12: La Venta de los Gatos. 13: Roncesvalles. 14: Desde mi celda: carta tercera. 15: Castillo Real de Olite.

III. LA ARQUITECTURA MONUMENTAL: 1: La mujer de piedra. 2: Desde mi celda: carta tercera. 3: Tres fechas. 4: La ajorca de oro. 5: La mujer de piedra. 6: Idem. 7: San Juan de los Reyes (H.T.E.). 8: Idem. 9: Idem. 10: La mujer de piedra. 11: La arquitectura árabe en Toledo. 12: El Cristo de la Luz (H.T.E.). 13: Nuestra Señora del Tránsito (antigua sinagoga). (H.T.E.). 14: La picota de Ocaña. 15: La basílica de Santa Leocadia. 16: Desde mi celda: carta séptima. 17: San Juan de los Reyes (H.T.E.). 18: La soledad (prólogo para la colección de cantares de Augusto Ferrán).